

CAPÍTULO IV.

*La mudanza de las cosas temporales muestra claramente la vanidad de ellas, y cuán dignas son de desestima.*

Esta inconstante mudanza de las cosas ha de servir para conocer su poca constancia, ó, por mejor decir, su mucha vanidad. Pongo por testigos de esto á los que mas experimentaron la grandeza de la felicidad humana. El rey Gilimer de los vándalos fue de gran poder, riquezas y valor; pero vencido del esforzado capitán Belisario, cautivo de él y despojado de todo su reino, fue llevado á Constantinopla, donde estaba el emperador Justiniano, cuyo capitán era Belisario; y así triunfó del Rey vencido en aquella imperial corte. Llegando donde estaba el Emperador sentado en el trono de incomparable majestad y vestido con ropas imperiales, y rodeado de grandes príncipes de su imperio, viendo Gilimer á Justiniano en tanta majestad, y así en esclavitud y desamparo, no lloró ni se quejó, ni dió muestra alguna de sentimiento; solamente dijo aquella verdaderísima sentencia del Sábio: *Vanidad de vanidades, y todas las cosas vanidad* (1). Quien conoció esto no es maravilla que en tanta desdicha tuviese secos los ojos y sin pena; porque si conoció que toda la grandeza humana era vanidad y nada, ¿qué tenía que penarse por lo que no es? No es digno de dolor lo que no merece amor: no es digno de pena lo que no es digno de estima. Cosas tan varias como las temporales no merecen que cuando las poseemos tengamos en ellas mucha afición, ni merecen que cuando las perdemos nos causen pena y dolor; y así su conocimiento causó en este Príncipe la igualdad de ánimo que mostró en estas y otras ocasiones: y tan léjos estuvo de mostrar pesar en la pérdida de su fortuna y reino, que aun antes se reía é hizo fiesta de ella; y así cuando desbaratado y roto se huyó á Numidia, donde se guareció en un monte en que fue cercado y apretado por hambre, ya que no podía pasar adelante en la defensa, y tratando de entregarse, envió á pedir al capitán contrario pan, una esponja y una cítara: el pan para sustentar la vida, porque perecía de hambre; la esponja porque habia ya caído en la cuenta de la vanidad de las cosas, y arrepentido de llorar su pérdida queria trocar de estilo y enjugar las lágrimas, y de allí adelante reirse antes que penarse por lo que poseído no asegura, y perdido no daña; y la cítara pidió, porque no contento con sacar las aguas que vertian sus ojos, con la esponja queria trocar su llanto en canto, su pena en consuelo y gozo, el cual no está tanto en la abundancia de la mayor fortuna cuanto en la suficiencia de la moderada: y con mucha razón tomó la cítara; porque si bien lo consideró podia hacer fiesta por su

(1) Procop. lib. 2 de bell. Wandal.

misma desgracia, porque no le pudo dar tanto todo su amplísimo reino, cuando le dió su pérdida, pues le dió tan grande desengaño, y le ahorró de cuidados, de penas y también de culpas, las cuales tienen mas ancho campo en las prosperidades de esta vida que en la fortuna adversa. Con este desengaño le trajeron preso, y le presentaron al vencedor Belisario. Venia el cautivo Rey tan risueño y festivo, que no hacia otra cosa sino reirse. Pensó Belisario que habia perdido el juicio viendo reír á quien juzgaba que no podia dejar de llorar; pero nunca estuvo mas en su juicio que entonces, que se rió de la grandeza humana, y sintió por cosa ridícula toda su felicidad, y en su corazón calificaba todo lo que estima el mundo por vanidad de vanidades.

Creo que el mismo voto que el Rey daría de la vanidad de las cosas temporales, si se lo preguntásemos, el emperador Andrónico cuando desnudo y raído el cabello á navaja fue sacado á la vergüenza por las calles. ¿Qué se hizo la diadema imperial? ¿Qué se hizo el trono y majestad? ¿Qué se hicieron los aparadores de oro y plata? Todo fue vanidad, y vanidad de vanidades. No contradijera nada de esto el emperador Vitelio cuando le tiraban cieno por las calles de Roma, y fue sacado para ajusticiar en la plaza. ¿Qué fueron las delicias romanas? los espectáculos del Anfiteatro? los juegos del Circo? el señorío del mundo? Vanidad de vanidades, y todo vanidad. Lo mismo dijera el rey Cresos desde su hoguera, y el tirano Bayaceto desde su jaula, y el rey Boleslao desde su cocina, y Dionisio desde su escuela. Si vivos dijeran esto, á vista solo de la inestabilidad de esta vida, ¿qué dirán ahora con la experiencia de la eternidad donde ya han entrado? Tomemos el voto á los príncipes que se han condenado; ¿qué sienten ahora de la majestad que gozaron en esta vida? Vanidad, dirán que fue, humo, sombra, sueño. Sin duda que dirán lo mismo los reyes que están en el cielo, á vista de aquellos gozos eternos, que es toda esta felicidad menguada y corta, vanidad y mas que vanidad, y peor cuando es ocasion de pecados. Pero no es menester llamar testigos de la otra vida; porque es tan clara la vanidad de todas las cosas de esta, que cualquiera que se pusiere á considerar la mayor grandeza del mundo echará de ver que tanto es mas vana, cuanto es mas grande: ¿y qué mayor que la del imperio romano? Consideremos lo que en él pasaba, que apenas se sabia la eleccion de un emperador cuando ya le tenían muerto los mismos que le eligieron ú otros mas poderosos y astutos; y aunque ellos en ninguna otra cosa se desvelaban mas que en sustentarse en el imperio, era esto lo que menos alcanzaban; y en diez y nueve ó veinte emperadores que hubo, desde el emperador Antonino el Filósofo hasta Claudio el Segundo, todos murieron violentamente, fuera de otros muchos tiranos que se llamaron emperadores, que fueron tantos, que solo en tiempo del emperador Galieno hubo treinta que usurparon el nombre de emperador, los cuales se mataban unos á otros, de suerte que quien se llamaba emperador se habia de dar

obligado á fenecer desastadamente, muriendo mala muerte: tal era la mayor felicidad del mundo, que estaba obligada á la mayor desdicha. Espanto es como habia quien (aun forzado) quisiese aceptar la corona: y es tal la locura de los hombres, que la pretendian teniendo ejemplos de fines lamentables y felicidades deshechas de la noche á la mañana. Algunos apenas habian triunfado cuando eran despedazados. Aureliano fue uno de los que tuvieron mayores triunfos que se vieron en Roma; porque llevó una infinidad de cautivos de todas tres partes del mundo, grande diversidad de animales, tigres, leones, onzas, elefantes, dromedarios y otros muy raros: metió infinitas armas de los veneidos y tres riquísimos carros, uno del rey de los palmirenos, otro de los persas, otro de los godos: iba triunfando de dos que se llamaron emperadores y de la gran reina Cenobia, aderezada riquísimamente de piedras preciosísimas y ricas perlas, aprisionada con cadenas de oro. Él entró en un hermosísimo carro triunfal que habia sido del rey godo, al cual tiraban ciervos: luego le seguia el ejército vencedor armado ricamente con laureles y palmas en las manos, y llegó á tener mayor gloria que tuvo ningun otro emperador. Pero ¿cuánto le duró? En brevísimo tiempo fue muerto á puñaladas, sin poder aun acordarse de ella, no digo gozarla. El emperador Elio Pertinax ¿por cuántos escalones y peregrinos modos subió al imperio al cabo de la vejez, y le perdió antes que se supiese en él que era emperador? Fue hijo de un esclavo, y él fue primero mercader: para lo cual aprendió bien á contar; despues estudió gramática, y fue preceptor de ella; luego aprendió leyes, y por intercesiones alcanzó licencia para defender causas, y fue abogado algun tiempo: despues de esto se hizo soldado: de ahí pasó á ser capitán: de este oficio fue ignominiosamente privado: tornó á ser restituido á él: fue hecho senador, luego cónsul, luego adelantado de Siria: al fin, cuando no esperaba sino la muerte, se le entró el imperio por su casa; porque estando aguardando que le mandase matar el emperador Cómodo, le vinieron á hacer emperador los que secretamente mataron á Cómodo. Cuando llegaron de noche á su casa, él les dijo qué era lo que aguardaban para darle la muerte. Mas ellos le ofrecieron el cetro ó imperio, el cual admitió siendo ya de setenta años; pero apenas calentó la silla imperial, cuando dentro de tres meses fue hecho pedazos, cuando no se pensaba, siendo querido, estimado y alabado de los romanos, que cada uno diera por él mil vidas: unos pocos de soldados entraron públicamente por medio de Roma, y á vista de todos le dieron de puñaladas en su propio palacio al Emperador que tanto estimaban, y se salieron libres sin hablarles nadie palabra, pudiendo los de sola una calle matarlos á pedradas: tan pocos fueron los matadores. ¿Quién no ve aquí la mudanza de las cosas humanas, su inconstancia y vanidad, así en la vida de este Príncipe, como en su muerte no pensada? ¿Por cuántos rodeos subió á la cumbre del imperio, y cuán sin rodeo fue precipitado de ella? ¿Cuánto tardó en crecer, y qué poco tardó en segarse

su fortuna? Setenta años de vida venturosa pararon en una felicidad fingida de tres meses y una muerte desdichada de una hora. Vanidad de vanidades es todo; pues tanto costó lo que tan poco duró, y la ventura de setenta años de vida atropelló la muerte en menos de una hora.

§ II.

Solo el tener fin la felicidad de esta vida con la misma vida bastaba para nuestro desengaño; pero tiénele aun antes que la tenga la vida: porque la felicidad no solo fenece, sino que se trueca en desdicha, y á nuestros ojos vemos el fin de las mayores fortunas: para que ni nos fiemos de la vida, pues puede faltarnos, aunque nos sobren sus bienes; ni tampoco nos fiemos de estos, pues tambien nos pueden faltar, aunque nos sobre la vida. Desengañemos esta inestabilidad de las cosas, y conozcamos su vanidad en el modo con que dejan á un desdichado su grandeza y riquezas: lo cual consideró bien san Juan Crisóstomo en Eutropio Patricio de Constantinopla, cónsul, eunuco y camarero mayor del emperador Arcadio, del cual fue mandado prender, habiendo caido de su privanza y fortuna; la cual pondera el santo Doctor de esta manera (1): *Si en algun tiempo, ahora mas que nunca se podia decir vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¿Dónde está ahora el resplandor tan ilustre del consulado; dónde los lucimientos; dónde los aplausos, las danzas, los convites, los saraos; dónde las coronas y las tapicerías; dónde el ruido y estruendo de la ciudad; dónde las alteraciones y las grandes aclamaciones de los espectáculos? Todas estas cosas perecieron; una fuerte tempestad se llevó las hojas, dejando el árbol despojado, y casi arrancada la raíz, bamboleando. Tanta fue la violencia del viento, que habiéndole embestido y estremecido todos los nervios, amenaza arrancarle totalmente. ¿Dónde están ahora aquellos amigos enmascarados, dónde las borracheras y cenas, dónde el enjambre de truhanes, y el vino que se brindó por todo el dia, y los varios artificios de los cocineros, y aquellos servidores del poder y mando acostumbrados á hacer y decir todo á gusto? Todas estas cosas no fueron sino un sueño nocturno que desapareció con el dia. Flores fueron que pasándose la primavera se marchitaron; sombra fueron, y así se pasaron; humo eran, y así se deshicieron; campanillas eran que se hacen en el agua, y así se rompieron; telas de araña eran, y así se rasgaron; por lo cual repetimos continuamente este dicho: Vanidad de vanidades, y todo vanidad. Este dicho habia de estar escrito en las paredes, en los vestibulos, en las plazas, en los edificios, en las calles, en las ventanas, en las puertas, y principalmente en las conciencias de cada uno, y en todo tiempo hablamos de pensar en él; pues las ocupaciones engañosas de esta vida, y enemigas de la verdad, han ganado para con muchos autoridad y crédito. Este dicho se habia de decir*

(1) Homil. in Eutrop. cap. 6.

un hombre á otro, y oírle uno de otro en la comida, en la cena, en la conversacion: Vanidad de vanidades, y todo vanidad. ¿Por ventura no te decia continuamente cuán fugitivas son las riquezas, y tú lo llevabas pesadamente? ¿No te decia que tienen la condicion de un esclavo fugitivo, y tú no lo querias creer? ¿Ves como la experiencia te ha mostrado que no solo son fugitivas y desagradecidas, sino homicidas, pues te han puesto en semejante miedo? Pero ya que este eunuco no se quiso enmendar y aprovechar de los consejos que le daban, por lo menos vosotros, los que estais mas ufanos con las honras y riquezas, aprended en cabeza ajena, y convertid en provecho vuestro la desgracia y calamidad de este hombre. No hay cosa mas flaca que las cosas humanas; y así con cualquier nombre que se significa su poquedad, menos es de lo que en verdad son: aunque las llames humo, heno, sueño, flores que se marchitan, tan frágiles son, que son mas nada que la misma nada. Pero que no solo sean nada, sino que estén en un despeñadero, aquí se echa de ver. ¿Quién estuvo mas sublime y entronizado que este hombre? ¿Acaso no era conocido en todo el mundo por sus grandes riquezas? ¿Por ventura no subió á la cumbre de las honras mundanas? ¿Acaso no le reverenciaban todos y temian? Veisle ahora como está mas desdichado que los presos de la cárcel, mas miserable que los esclavos, y mas necesitado que los mendigos que se mueren de hambre. No hay día en que no se le pongan delante las espadas agudas y desenvainadas contra sí, los despeñaderos, los verdugos y la calle por donde se va á la horca y suplicio: ni aun goza de la memoria de sus gustos pasados, ni aun puede gozar de esta luz comun á todos; y al mediodía está como en una noche oscurisima, metido en la estrechez de cuatro paredes, privado de la luz de sus ojos. Pero ¿para qué tengo que traer á la memoria estas cosas? Porque aunque gaste mas palabras no podré significar cómo está su ánimo, que por momentos pienso que le han de venir á quitar la vida y hacer suplicio de él. ¿Y para qué son necesarias mis palabras, pues tiene delante de los ojos tan presente su calamidad? Ahora poco há, que habiendo enviado el emperador soldados que le sacasen de la iglesia, se puso mas amarillo que un boj, y ahora no tiene mejor color que un difunto. Allégase á esto que daba diente con diente, que se estremecía todo el cuerpo, la voz quebrada con los sollozos, la lengua le titubeaba; en suma, tal estaba, como uno que tenia el alma helada de miedo y pavor. Todo esto es de san Juan Crisóstomo. No es menester esperar el fin de la vida para ver su engaño; basta ver sus mudanzas.

## CAPÍTULO V.

*De la vileza y desorden de las cosas temporales, y cuán grande monstruo hayan hecho los hombres al mundo.*

Vengamos ahora á considerar la vileza de todo lo que pasa con el tiempo, la cual le pareció tan mal á Marco Aurelio, que dijo (1): *Todas las cosas sensibles, y principalmente las que halagan con el deleite, ó aterran con el dolor, ó con su fausto resplandecen, cuán viles son todas, cuán dignas de menosprecio, cuán sucias, cuán expuestas á perecer, y cuán muertas.* Esto dijo aquel grande emperador y monarca del mundo cuando estaba el imperio romano en su mayor pujanza, y él con mayor experiencia de los bienes de la tierra, pues fue mas poderoso en ellos que Salomon; y no solo dice que son vanos, sino viles, sucios, contentibles y muertos. Para que esto podamos entenderlo mejor, veamos qué es en sí la sustancia y tomo que tienen las cosas temporales, sin respeto á la brevedad de su duracion, ni á la variedad de sus mudanzas, por la cual son muy despreciables, aunque fueran preciosísimas; pero en sí son tan pequeñas, tan viles, tan dañosas por la mayor parte, y tan desordenadas, que aunque fueran eternas debian ser despreciadas; porque no solo se ha de mirar lo poco que son por su naturaleza, sino lo malo que son por nuestro abuso: porque el mundo, que de suyo fuera tolerable, le hemos puesto tal, que los mismos que mas le aman no le pueden sufrir, y sobre los bienes naturales ha inventado otros artificiales nuestro insaciable apetito, y de unos y otros ha compuesto un monstruo tan horrendo y fiero como el que nos propone san Juan en el Apocalipsi (2); y así quien quisiere ver cuál sea la felicidad mundana, vuelva los ojos á aquella horrible bestia que dice subia del mar por su inquietud é inconstancia, la cual bestia tenia el rostro ó cabeza de leon, el cuerpo de pardo, que es animal muy manchado y vario, y los piés de oso, y para que se vea toda la deformidad de este monstruo, tenia siete cabezas y diez cuernos. Esta es una viva imágen de lo que hay en el mundo: porque así como este monstruo se componia de tres fieras, del oso, que es carnal y lujurioso, del pardo, cuya piel está llena de ojos, y del leon, que es animal soberbísimo; así en el mundo no hay otra cosa, como dice san Juan (3), sino la concupiscencia de los ojos y soberbia de vida; esto es, lascivia y regalos de deleites, avaricia y estimacion de riquezas, ambicion y deseo de honras. De estos tres horribles monstruos se compone el monstruo de monstruos que llamamos mundo, el cual tiene tambien sus siete cabezas y diez cuernos, que son los siete

(1) Lib. 2. — (2) Apoc. XIII. — (3) I Joan. II.

vicios capitales con que se impugnan y traspasan los diez mandamientos, y toda la observancia de la ley de Dios.

Consideremos tambien el modo tan misterioso con que están distribuidas las partes de esta bestia, cuyos piés se dice que eran de oso, y el cuerpo de pardo, y la cabeza de leon; porque toda la invencion y tramoya de este siglo estriba sobre el gusto y deleite del apetito, el cual es natural, y sobre este fundamento ha puesto nuestra malicia las riquezas y las honras, que no son cosas naturales sino invenciones humanas. Las riquezas son el cuerpo del mundo; porque sobre ellas se levanta la soberbia como cabeza. Además de esta están en medio como en lugar conveniente; porque así los deleites, como las honras, han menester el dinero, y para acudir á uno y otro forma el cuerpo de esta bestia la avaricia. Propónesenos la imágen de este mundo debajo de este mónstruo compuesto; esto es, en esta representacion de quimera, así para declararnos su confusion y torcimiento, como para significarnos que no tiene ser ni sustancia, sino sola imaginacion y vana apariencia; porque los filósofos llaman quimera á un mónstruo compuesto de varios animales, el cual no es, y solo se imagina que es; y por eso ya vulgarmente se da el mismo nombre de quimera á lo que no tiene ser ni fundamento ni razon, y solo es fantasía y vanidad; porque verdaderamente las cosas de este siglo tan confusas y turbadas no tienen tomo ni ser, sino apariencia y engaño. Unas nos parecen grandes, siendo muy pequeñas; otras nos engañan mas, porque nos parecen bienes, y no son sino males. Para entender, pues, todo esto y conocer la vanidad del mundo, se ha de suponer que la malicia humana le ha corrompido y apestado, inventando nuevos gustos, añadiéndoles con la imaginacion lo que les falta de realidad y ser, y sacando de su fin las cosas: por donde viene á ser que todas sean vanas, y el mundo sea mónstruo de muchas cabezas; porque la cabeza de las cosas llamó Filon á su fin; y como las cosas del mundo hayan dejado su último fin, que es único, hanse desordenado con multitud de fines de particulares vicios: así aquella bestia, no solo una cabeza se dice que tenia, sino muchas, por lo cual es tan monstruosa. No se guian los hombres en el uso de las cosas por este fin de agradar y servir á Dios, sino de servir á su pasion y cumplir sus apetitos; y como estos son diversos, tienen diversos fines y respetos, y resulta la monstruosidad de tantos rostros y cabezas. Esta deformidad se sigue de la multitud de fines, á la cual acompaña la vanidad que en sí encierra; porque al paso que sigue el mundo esta variedad de fines adúlterinos, porque son contra la razon y la naturaleza, deja su fin verdadero y legítimo; y todo lo que se aparta de su fin se hace inútil y vano: porque así como á un hombre diestrisimo en tirar la ballesta, si le sacasen los ojos se desvaneciera su arte y destreza, y la ballesta le seria inútil, porque quedaba sin aquello por donde consiguiera su fin; así tambien como todas las cosas sean criadas para que el hombre sirva á Dios, en

faltándoles este fin, quedan ellas inútiles y vanas. Con este ejemplo se puede echar de ver con claridad cuán vano es el mundo, pues no ha enderezado sus cosas para servir al Criador de todo, sino sacándolas totalmente de su último fin con que las ha hecho vanas todas. La multitud de oro, plata, perlas, diamantes y otras joyas preciosas que se ostentan en las vajillas y ornatos, ¿es por ventura para servir á Dios? Dígalo san Alejo, si acaso las escogió por medio para eso. Pues si no son para servir al Señor de todo, cosas vanas son todas. La abundancia de deleites, saraos, juegos, entretenimientos y gustos, ¿es acaso para agradar á Dios? Dígalo san Bruno si los escogió para eso. Y si no son á propósito para este fin, vanos son todos esos contentos. La majestad y ostentacion de títulos y honras ¿es acaso para servir á Dios? Dígalo san Josafat, pues huyó del reino temporal por servir al Rey del cielo. Vana es toda grandeza de la tierra, cuando no se consigue por ella la del cielo. La cosa mas preciosa, faltándola su fin, se envilece y queda sin estima ninguna. Pues si las cosas del mundo van fuera de su fin, dignas son de desestima y menosprecio.

## § II.

Este solo descamino de las cosas mundanas, apartándolas de su legítimo fin, basta para que se vea su vanidad y desconcierto: pero hay otro error en ella con que muestran ser mas vanas, porque no solo van descaminadas de su último fin, pero aun del fin que los vicios humanos se proponen; porque aun no tienen proporcion con este segundo fin. Lo que el apetito humano ha pretendido en las riquezas, fausto y honras que ha inventado es la felicidad humana en esta vida. Pues para esto mismo son tan á propósito, que antes ha dispuesto las cosas para mayor miseria y tormento de los hombres; y así son vanas todas sus invenciones y trazas. Para sustentar la honra ¿qué leyes y fueros tan desconcertados ha inventado, con grandes peligros de la vida y gusto de los hombres? Porque ha dispuesto la honra tan vidriosa, que con una palabra que diga quien quisiere la quita: por lo cual es ocasion que vivan muchos desordenados; y si quisieren cobrar la honra perdida, les ha de costar la vida, ó hacienda, ó la quietud. ¿Qué mayor locura que esta, que se haya fabricado el bien mas estimable que tiene el mundo, el mas ocasionado para males, y de tan maldita condicion, que sea muy fácil perderle, y muy dificultoso el cobrarle; que nos le pueda quitar cualquiera, y que no le pueda restaurar el que le tiene; que esté en mano ajena destruirle, y que no esté en mano propia repararle? ¿Qué ley tan injusta del mundo, que si te dice un infame que mientes, que hayas de quedar tú deshonorado, aunque el otro mienta en lo que dijo, y que esta honra, como la perdiste por una palabra que te dijo otro, no la hayas de poder cobrar tú con otra palabra que le digas? Pues el volver por

la honra, y averiguar la verdad por fuerzas, ¿qué desatino mayor? Lo uno, porque no tiene que ver que el que fuere mas robusto y valiente haya de ser mas verdadero ni honrado; lo otro, porque es en mucho menoscabo de los virtuosos; pues, por la mayor parte, donde es el ánimo mas bueno, sano y constante, suele estar el cuerpo menos robusto y fuerte. Finalmente, en esta parte de la honra han puesto los hombres tales cosas, con tantos puntos y fueros, que si real y verdaderamente fuesen todos locos, no la pudieran poner peor. ¿Qué es toda la locura, sino decir y hacer cosas sin proporción, ni órden ni razón? Pues así como no hay cosa mas sin proporción, ni órden ni razón que el mundo, no hay tampoco cosa mas loca.

Pues llegando á las riquezas, las cuales se inventaron para la comodidad de la vida, halas puesto ya tales la malicia humana, que sirven para su mayor tormento; porque el que es rico no solo quiere serlo él, sino que lo sea su casa y todas sus cosas. No se contenta él con tener buen vestido, sino que han de estar mejor vestidas que él sus paredes y cuadras, con ricas tapicerías y preciosos escritorios, que ni sirven para el abrigo ni para la comodidad, sino para la apariéncia. De donde viene á ser que quien tiene mas, tenga mayor necesidad; porque la tiene por sí, y por la que tienen las cosas que posee; porque quien tiene una grande casa tiene la misma necesidad que tiene su casa, la cual es mucha; porque gran casa tiene necesidad de grande ornato y muchos habitadores; y así cargan los ricos de criados, tapices, vajillas y otros ornatos supérfluos á la necesidad y á la comodidad humana; con lo cual no hay persona mas necesitada que el mas rico, porque necesita para mas. Por lo menos no falta esta incomodidad á las riquezas, aunque se inventaron para la comodidad humana, que quien las tiene mayores, tiene mayores cuidados, sobresaltos, envidias y peligros, y aun muchas veces daños.

El mismo torcimiento y abuso hay en las cosas particulares que inventó la necesidad humana para su remedio y alivio, porque las echó mayor carga. El vestido, que fue por necesidad, ya se usa por ornato, y tomando lo que no es necesario, se vuelve en pesadumbre y carga: la cintura y zapato apretado afligen al cuerpo, é impiden para muchas acciones: las galas y cadenas de oro, y otros excusados ornatos, le molestan. Por lo cual dijo san Ambrosio (1): *La cadena pesada al cuello, y los chapines ocasionados á caídas y peligros, sirven de pena á las mujeres, como si fueran delincuentes; porque para lo penoso de la carga pesada no hay diferencia ninguna en que sea de oro ó de hierro, si con uno y otro la cerviz es igualmente oprimida, y el impedimento en el andar es el mismo. Nada releva el mayor valor y precio del peso de oro; antes sirve de mayor congoja por el temor con que viven las mujeres de no perderlo, ó que*

(1) Ambr. lib. 1 de Virgin.

*les quiten su pena y carga. Segun esto, poco importa que la pena sea dada por la propia sentencia (como en esto la dan las mujeres contra sí mismas), ó por sentencia de otros contra los reos, en que ellas son de peor y mas miserable condicion; pues estos desean ser aliviados de las cargas de sus prisiones, y ellas por el contrario estar siempre sujetas y ligadas á la suya.* Esto es de san Ambrosio. Tambien la comida, que es para sustentar la vida, multiplicando regalos y guisados varios para alimentar el gusto, ha vuelto la malicia humana contra la misma vida y contra el mismo gusto, por las enfermedades nuevas y dolores agudos que la variedad de guisados y los regalos han introducido, como afirman los médicos. Marcelo Donato da esta causa de las enfermedades nuevas que se han visto en el mundo. Héctor Boecio en el libro segundo de la Historia de los escoceses dice: *No conocieron nuestros antepasados tantos géneros de enfermedades como se ven en nuestra edad; porque antiguamente apenas caia alguno malo, sino de piedra ó de abundancia de flemma, ú otra enfermedad de frio ó humedad. Vivian bien, y la parsimonia conservaba los cuerpos sin enfermar, y alargaba la vida muchísimos años. Pero luego que se dejó la comida de la patria, y se dió la gente á todo género de regalos, entraron en nosotros muchas enfermedades peregrinas, juntamente con los regalos peregrinos.* Y en el libro nono dice que no hubo en Escocia peste ni calentura alguna hasta que usaron de comidas regaladas.

Este descamino de las cosas y apartamiento de su fin, principalmente del último de todos, que es Dios, causa tal disonancia á la razón, que para ella es un mónstruo: y así con mucha razón nos pintó san Juan el mundo en figura de este mónstruo compuesto de tres bestias, y sin cabeza humana, y siete de bruto; porque si fuera grande monstruosidad un hombre que no tuviera cabeza de hombre, sino siete de animales, y con solo verlo nos espantaria su deformidad; no es menor la del mundo, á quien le falta su natural fin, que es Dios, á quien debia tener por fin único conforme á toda razón, y tiene muchos fines adulterinos y falsos contra la misma razón. Fáltale al mundo la cabeza de hombre, porque no se ajusta al fin de la razón; y sóbranse cabezas de bestias, porque se guia por la pasión y apetito, é iguales fines con las bestias. Pues si miramos con tan grande vanidad de las cosas la multitud de vicios con que los hombres se revuelven y empeoran cada dia, ¿á quién puede ser tolerable esta bestia irritada con tantos agujones como son nuestros vicios? ¿Qué injusticias no se cometen? ¿Qué aduaciones no se dicen? ¿Qué engaños no se fabrican? ¿Qué venganzas no se ejecutan? ¿Qué peligros no suceden? La avaricia lo inquieta todo, la lujuria lo corrompe, la ambición lo atropella.

De lo dicho se sigue ser tan dañosas y perjudiciales todas las cosas del mundo; lo cual significó san Juan en los tres animales mas fieros de todos, de que nos representó compuesto al mundo, que son tigre ó par-do, leon y oso: porque como ellas estén desordenadas, y nosotros las

usemos desordenadamente, son dañosas al cuerpo y alma. Y si viéramos lo que está en ellas debajo de la apariencia del gusto que fingen y representan, nos quedaríamos espantados, y veríamos ó leones ó tigres que nos quieren despedazar; ó serpientes que nos pretenden emponzoñar, y nos sucediera semejante caso al que hizo el siervo de Dios Volcon. Era este santo sacerdote muy celoso (1), y deseó ganar para Dios á un hombre muy rico, y buscó para esto ocasion de comer con él; y entrándose por su casa el varon de Dios, le dijo: Ea, señor, ¿qué hemos de comer? Respondióle el rico que no había por que tener cuidado; porque comeria lo mejor que se hallase en toda la ciudad. Fuese luego el fervoroso Volcon á la cocina con otra mucha gente que le acompañaba: mandó al cocinero que le fuese mostrando uno por uno los platos. Cosa maravillosa, que como le iban mostrando los platos regalados y preciosos de capones y pavos, se iban tornando en sabandijas y serpientes; de que quedó admirado el rico, y enseñado que el darse á gustos no es mas seguro que recibir daños y comer animales ponzoñosos, y tomarse con un leon, tigre ó sierpe; y lo cierto es que no han matado á tantos los leones y las fieras mas rabiosas, cuantos han muerto por sus gustos y regalos.

## CAPÍTULO VI.

### *De la pequeñez de las cosas temporales.*

Dejando aparte que las cosas de este mundo son tan vanas, consideremos mas en particular su cantidad; y verémos que aun con extenderlas mucho la vanidad que las hincha, quedan muy menguadas y cortas, y mas si las comparamos con las eternas. Dando, pues, principio por aquel bien temporal que tiene mayor bulto y extension, que es la honra, nombre y fama, verémos cuán estrecho es. Desean los hombres que su fama resuene en el mundo, y que sepan su nombre todos; pero ¿qué tendríamos con que esto lo alcanzasen, pues todos los reinos de la tierra no son mas que un punto respecto del cielo? ¿Y quién hay que pueda ser conocido de todos los que viven? Millones de hombres hay en el mundo que no saben que hay emperador de Alemania, ni rey de España. No tiene que matarse nadie por esta honra vana; que aun dentro de su patria por ventura no será conocido: y aunque se haga el hombre mas famoso del mundo, toda su fama queda encerrada en este mundo, el cual es tan pequeño, que desde el cielo del sol apenas se divisará. Por tantos mil años estuviste sin ser conocido, y despues estarás sin que se acuerden de tí los que despues nacieren; y aunque quede en los hombres tu memoria, al fin se han de acabar los mismos hombres, y con ellos su

(1) Broviuso, A. 3 ex Oth. de san Blasio.

memoria y la tuya, y estarás una eternidad sin que seas celebrado como lo estuviste antes que nacieses, y ahora que vives no te conocen sino muy pocos; y los mas tan malos, que habias de tener por afrenta que te alabasen tales bocas, de los que aun á sí mismos se maldicen. Pues ¿por qué te matas por cosa tan corta, tan vil, y tan vana? Todas estas razones son tan ciertas para que se conozca la vanidad de las honras humanas, que aun los gentiles la conocieron. Oye á solo uno, que es el que estaba puesto en el mayor grado de estimacion y dignidad en el mundo, pues fue señor de él, el emperador Marco Antonio, el cual dice (1): *¿Por ventura te solicita la gloria? Mira cuán velozmente se borran con el olvido todas las cosas: mira el caos de la eternidad de una y otra parte. Cuán vano sea el sonido de la fama, cuánta la inconstancia é incertidumbre de las opiniones y pareceres humanos, y en cuán estrecho lugar se encierran todas estas cosas; porque la tierra es un punto, y de ella cuán pequeño rincón sea el que habitas, y en ella qué cosas hay, y cuáles son los que te han de alabar.* Poco despues añade: *El que desea honra y fama despues de la muerte no piensa que aquel que se ha de acordar de él tambien se morirá luego; y de la misma manera el que á este sucediere, hasta que se venga á borrar toda memoria que se propaga por hombres mortales. Pero finge que han de ser inmortales los que han de tener memoria de tí. ¿Qué te importará ni tocará todo esto despues de muerto? mas no digo despues de difunto: aun cuando vivo, ¿qué te aprovecha el ser alabado? Todo lo que es hermoso lo es en sí mismo, y dentro de sí se perfecciona, y no es parte de su hermosura que sea alabado. Por eso aquello que es celebrado no es por esta causa ni peor ni mejor.* Estos antidotos trae este Principe pagano para contra la ponzoña de la ambicion, y nos desengaña de su vanidad. Pues los cristianos ¿por qué hemos de estimar otra honra mas que la de Dios?

¿Qué diré de la vanidad de los títulos que han tomado muchos para darse á conocer contra toda razon y justicia? Veamos cómo lo han conseguido los de Europa, por aquellos que lo han procurado en Asia; porque si los mas celebrados en Asia no llegan á noticia de los que están en Europa, tampoco llegará el nombre de los mas afamados en Europa á los que están en Asia (2). El nombre de *Echebar* pensaron sus súbditos que habia de ser eterno, y que en su vida todo el mundo no solo le conocia, sino le temblaba; pero preguntaran entonces en Europa quién era, y no le conocieran. Pregunten ahora á los mas eruditos, y sabrán pocos, si no es porque lo escribo aquí, qué reino es el Mogol. ¡Cuán pocos habrán oido nombrar á *Vencatapadino Ragiu*! Él pensaba que no habia hombre en el mundo de quien no fuese conocido: lo mismo pensaban sus reinos; y así le llamaban: *El señor de los reyes, y supremo emperador.* Los títulos de que él se preciaba y ponía en sus edictos

(1) Marco Antonio, lib. 3, cap. 20. — (2) Jarric. in Thesaur. Indic. 12\*